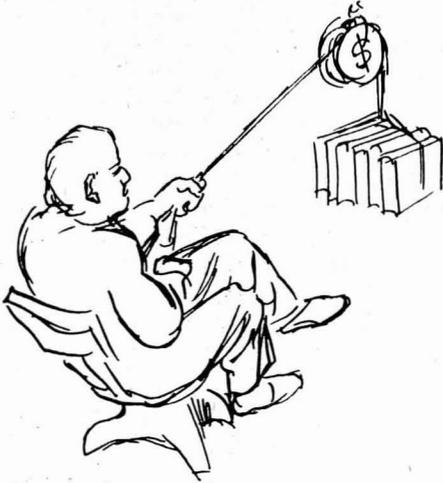


## ENCARECIMIENTO UNIVERSAL

**L**IBROS caros, los ha habido siempre. Las ediciones de lujo, las tiradas restringidas, los ejemplares raros, han sido, a lo largo de toda la historia moderna, costoso privilegio de bibliógrafos afortunados. Lo que no constituye un fenómeno común, lo que resulta lamentablemente privativo de los años que corren, es el encarecimiento universal, absoluto, del libro.



## UNA UTOPIA Y TRES CAMINOS

**N**UNCA antes de hoy habíamos experimentado, en efecto, una situación semejante. Los libros actuales —en una virtual totalidad— parecen destinarse a un consumidor utópico, dotado de amplios, inagotables bolsillos; dispuesto a saciar sin reparos ni estorbos su avidez —o su curiosidad— intelectual. Por desgracia, la utopía no se realiza a menudo. El ordinario ciudadano que, ajeno a tales excepcionales posibilidades, pretende un cultivo sistemático o, siquiera, una moderada frecuentación de la buena lectura, se ve condenado por regla general, ora a cancelar de plano y en definitiva esos deseos, ora a procurarles un cumplimiento meramente simbólico; no abundan los héroes que consientan en satisfacer sus afanes de ilustración a base de morir de hambre.



# LA FERIA DE LOS DIAS

## EDICIONES POPULARES

**E**N nuestros días circulan, claro, las ediciones llamadas —a veces con cierta ironía, suponemos— populares. Se venden en los puestos de periódicos, en los andenes de las estaciones, en las droguerías; y su precio es menor que el de los volúmenes tradicionales. Pero hablábamos de buenas lecturas; es preciso admitir, aun confesando las horas de regocijo que algunos de ellos nos han deparado de tarde en tarde, que esos librillos no bastarían a formar verdaderas bibliotecas ni auténticas erudiciones. ¿O



habremos de aceptar que las novelas policíacas y de aventuras sean las exclusivas fuentes de la cultura popular?

## LIBRERIAS DE VIEJO

**E**NTRE paréntesis las librerías de viejo —plausibles, indispensables instituciones— no han escapado al torbellino. Siguen prestándonos valiosos auxilios. Sin embargo, está muy lejos la época de oro, cuando uno buscaba laboriosamente en las estanterías de ejemplares usados (y por eso más vivos

y cálidos), y salía bien provisto de diez o quince joyas, a cambio de escaso dinero. Ahora, quienes las manejan saben su negocio: consultan catálogos extranjeros, atienden las mínimas alzas del mercado internacional, son proveedores de famosas colecciones... y sonríen tolerantes a nuestra solicitud de libros baratos. No les reprochamos nada; pero recordamos con nostalgia los tiempos idos.



## QUE...

**S**E dirá que la carestía del libro no es arbitraria. Que responde a condiciones generalizadas y fatales. Que no debemos olvidar las circunstancias económicas por que atraviesa el mundo. Que si la materia prima. Que si la mano de obra. Que se antoja lírica nuestra queja, porque soslayamos los problemas esenciales.

## PROTESTA

**D**ESDE luego. Mas la certidumbre de todo ello no cambia las oprobiosas consecuencias particulares que apuntamos y por las cuales tenemos derecho a protestar. Mil argumentos explicarían quizá la situación. Ninguno la justifica. La falta de acceso al libro no podrá justificarse jamás, cualesquiera que sean los motivos que se invoquen. Si los editores, si los libreros, son inocentes, de buena gana los absolvemos. No cabrá en cambio perdón alguno para la carestía misma, ni para lo que representa, ni para la indiferencia del mundo que la propicia.

